



ANTONIO SOCCI



EL SECRETO DEL
PADRE PÍO

50.000 ejemplares vendidos en Italia



Datos del libro

Título Original: *Il segreto di Padre Pio*

Traductor: Gumpert Melgosa, Carlos

Autor: Socci, Antonio

©2009, La Esfera de los Libros, S.L.

ISBN: 9788497348454

Generado con: QualityEbook v0.72

EL SECRETO DEL PADRE PÍO

Antonio Socci

Las vías del Señor son variadas: su éxito es la cruz (...) no es la Iglesia de quienes han alcanzado el éxito lo que nos impresiona, la Iglesia de los papas o de los señores del mundo, sino la Iglesia de quienes sufren lo que nos lleva a creer, la que sigue siendo perdurable, la que nos da esperanza. Esta es aún hoy señal del hecho de que Dios existe y de que el hombre no es sólo un fracaso, sino que puede ser salvado.

JOSEPH RATZINGER

Lo que con mayor profundidad se busca en la vida, lo que de una manera u otra se halla en el centro de toda existencia, es la búsqueda del hombre para encontrar un padre. No solamente el padre de la propia carne, el padre perdido de la propia juventud, sino la imagen de una fuerza y de una sabiduría con la que la fe y la fuerza de la propia existencia puedan sentirse unidas.

THOMAS WOLFE

Tú les dirás a todos que, una vez muerto, estaré más vivo que nunca. Y a todos los que vengan a pedir, nada me

costará darles. ¡De los que asciendan a este monte, nadie volverá con las manos vacías!

PADRE PÍO A GIOVANNI BARDAZZI

PREMISA

ALI AGCA Y LA «NIÑA» DEL PADRE PÍO

Los historiadores son parciales (...). La verdadera historia no existe. Sólo la historia sagrada puede llamarse verdadera.

PADRE PÍO

No circulan ya, por lo menos merecedores de aprecio, libros sobre la teología de la historia (...) he ahí por qué los políticos se equivocan en determinado momento (...) porque los políticos puros desconocen la razón teológica que domina la historia.

CARDENAL GIUSEPPE SIRI

El 13 de marzo de 1981, hacia las 17.17 horas, en la plaza de San Pedro de Roma, un asesino turco enviado por fuerzas oscuras y poderosas, Mehmet Ali Agca, está a punto de disparar al papa Juan Pablo II. El miembro de los «lobos grises», de veintitrés años, es un profesional, un excelente tirador, y está allí para matar, se halla detrás de la primera fila, a muy escasa distancia (a sólo tres metros del Santo Padre). Está muy tranquilo y decidido, de manera que el objetivo, expuesto indefensamente ante él, no tiene escapatoria.

Pero, entonces, ¿cómo y por qué resultó fallido el asesinato? Si lo hubiera matado —y las posibilidades eran del

99,99 por ciento—, su pontificado hubiera sido sofocado en sus albores. La historia de la Iglesia hubiera sido muy distinta, pero sobre todo lo hubiera sido la historia mundial, porque el papel que el «papa polaco» desempeñó en la sucesiva caída incruenta del comunismo fue colosal, decisivo (*El último líder soviético, Mijail Gorbachov, escribió en 1992: «Hoy podemos decir que todo lo que ha sucedido en Europa oriental en estos últimos años no hubiera sido posible sin la presencia de este papa, sin el gran papel, político, incluso, que ha sabido jugar en la escena mundial»* (La Stampa, 3 de marzo de 1992).

Por lo tanto, todo habría sido muy distinto y, desde luego, mucho más dramático para la humanidad entera.

Repito, por lo tanto, la pregunta: ¿cómo y por qué aquel asesinato resultó fallido? ¿Quién impidió al asesino perpetrar aquel homicidio que tenía al alcance de su mano a las 17,17 de aquel día en la plaza de San Pedro, el lugar que había sido testigo, diecinueve siglos antes, del martirio del apóstol Pedro?

El papa Wojtyla afirmó siempre que había sido salvado por una intervención sobrenatural de la Santa Virgen. De ello dan testimonio el icono de la Virgen que mandó pintar en la plaza de San Pedro, en el lugar donde se consumó el crimen, y una bala —de aquel atentado— que el papa quiso llevar al año siguiente como exvoto al santuario de Fátima para hacerla engastar en la corona de la Reina de la paz. En efecto, el día del atentado era la fiesta de la Virgen de Fátima, el aniversario de su primera aparición (que tuvo lugar el 13 de mayo de 1917). (*El episodio del atentado contra el papa se supone preanunciado incluso en el Tercer secreto de Fátima. Esta es la interpretación más difundida del texto revelado el 26 de junio de 2000. En realidad, la aparición en la que la Virgen profetiza un atentado contra el papa que sin embargo se salva gracias a su protección*

personal es la de La Salette, no el Tercer secreto de Fátima, donde en cambio hay un papa que es asesinado).

Y una coincidencia como ésta hace pensar realmente en una protección sobrenatural para el papa que escapó a la muerte.

Es realmente inexplicable que un asesino profesional, muy hábil y decidido, haya podido fallar a una distancia tan escasa un blanco tan fácil e indefenso, disparando sólo dos disparos. Incluso la trayectoria del proyectil que hirió en el vientre al Santo Padre no pareció natural, a los cirujanos en primer lugar. Que una mano misteriosa haya desviado la bala para salvar la vida del papa no es solamente una persuasión subjetiva de Karol Wojtyła, es un hecho objetivo, en cierto sentido científicamente aclarado: «El profesor Crucitti añadió que había observado algo “absolutamente anómalo e inexplicable”. La bala se había movido, en el vientre del papa, en zigzag, evitando los órganos vitales. Pasó a un soplo de la aorta central: de haberla rozado, el Santo Padre hubiera muerto desangrado antes incluso de llegar al hospital. Evitó la espina dorsal y todos los demás centros nerviosos principales: de haberlos alcanzado, Juan Pablo II habría quedado paralítico. “Parece” concluye el profesor “como si esa bala hubiera sido guiada para no provocar daños irreparables”».

Por eso, el 13 de mayo de 1994, hablando a los obispos italianos, Juan Pablo II pudo afirmar razonablemente: «Fue una mano materna la que guio la trayectoria de la bala y el papa agonizante se detuvo en los umbrales de la muerte (...). El proyectil mortal se detuvo y el papa vive; ¡vive para servir!».

Que esa mano misteriosa pertenecía a la madre de Dios, cuya aparición en Fátima se celebraba aquel día, era para el papa Wojtyła una certeza. «Estuve en Fátima para dar las gracias a la Virgen», escribió en su libro *Memoria e identidad*. En efecto, aquel día, el 13 de mayo de 1982, primer aniversario del atentado, declaró: «He visto en todo lo

que me estaba sucediendo una especial protección materna de la Virgen. En este instante, aquí en el santuario de Fátima, quiero repetir ahora delante de todos vosotros: ¡Totus Tuus, todo tuyo, oh Madre!». El papa repetiría más tarde, en distintas ocasiones: «Una mano fue la que disparó, otra mano la que desvió la bala».

Nadie, como es lógico, buscó jamás testigos de aquella intervención sobrenatural. Nadie podía imaginar que una mano hubiera impedido físicamente a Agca efectuar los disparos decisivos. Hasta que un día de julio de 2007 me tropecé con algunos documentos que había recibido en mayo de 2005, apartándolos sin prestarles mayor atención.

Al colocar unos libros, abrí una carpeta que ni recordaba tener y que contenía el extraordinario caso de Cristina Montella, la «niña» del padre Pío. Me sumerjo en la lectura, descubro un continente desconocido. Y al cabo de varios días me lanzo a la búsqueda de quien ha recopilado tantos testimonios y documentos extraordinarios sobre ella.

Un cálido y luminoso día de agosto recorro en coche en dirección sur el valle de Spoleto, que discurre al sur de Asís. Parece como si estuviera yendo de peregrinaje: paso al lado de Santa María degli Angeli, con la gran basílica que contiene la Porziuncola, después por Rivotorto (una pequeña iglesia edificada sobre el establo en el que San Francisco vivió unos meses con sus compañeros), a continuación, Spello, por último, Trevi. Y, en dirección hacia Montefalco, en medio de la campiña me topo con el santuario de la Madonna della Stella.

Aquí vive el padre pasionista Franco D'Anastasio, un refinado biblista que durante años fue rector del santuario de San Gabriel dell'Addolorata. Precisamente sobre este santo y especialmente sobre su «presencia carismática» ha escrito gran cantidad de estimables obras que hacen de él hoy su mayor biógrafo e historiador. Uno de sus libros más recién-

tes está dedicado a las analogías entre San Gabriel y el padre Pío.

Pero en los últimos años, el padre D'Anastasio ha llevado a término una imponente investigación histórica, recopilando una infinidad de documentos y testimonios sobre la figura de sor Rita Montella (de seglar Cristina Montella), monja agustiniana muerta en olor de santidad el 26 de noviembre de 1992 en el monasterio de clausura de Santa Croce sull'Arno, en la Toscana.

La vida de sor Rita, o mejor dicho, su vocación sobre todo, tan llena de dones, de carismas superiores (empezando por la bilocación), está entrelazada desde un principio con la del padre Pío y, en particular, con su «acción reparadora». Su relación con el santo capuchino es especial, como veremos, y está documentada y testificada entre otros por el padre Teofilo del Pozzo —estimadísimo y prestigioso franciscano— que fue director espiritual de sor Rita y superior de la provincia capuchina de Foggia y, por lo tanto, superior directo y amigo del padre Pío (*El padre Teofilo del Pozzo, de seglar Rizieri Bennati, ha sido descrito así: «Director de almas, lector de teología y director del curso teológico en Montughi (Florenia), lector y director de los estudiantes en San Miniato, tres veces provincial de los capuchinos de Toscana y en el trienio 1953-1956, de los de la provincia de Foggia» El padre Teofilo morirá en 1962).*

El padre Teófilo fue testigo directo de las misteriosas «misiones» conjuntas del padre Pío y de sor Rita. Y fue, de manera rigurosa y profunda, el primero en verificar los carismas y la santidad de vida de sor Rita, junto a otros prestigiosos religiosos y religiosas. El padre D'Anastasio, además de recopilar todos estos testimonios, pudo recurrir también a su conocimiento personal de la monja, de quien, en el curso de los años, obtuvo importantes datos. Uno de éstos, realmente sobrecogedor, atañe al atentado contra Juan Pablo II, de quien por otro lado sor Rita era coetánea (*Cristi-*

na Montella y Karol Wojtyla nacieron los dos en 1920. Él, el 18 de mayo y la monja, el 3 de abril -la casualidad quiso que el papa Juan Pablo II muriera hacia las 21 horas del 2 de abril de 2005, cuando ya había comenzado, desde el punto de vista litúrgico, la fiesta del domingo 3 de abril, dedicada a la Divina Misericordia).

Sor Rita, inmediatamente después de 1981, confió al padre Franco en un coloquio —haciéndole prometer que mantendría el secreto por lo menos hasta la muerte de ella — que había estado presente mediante bilocación en la plaza de San Pedro aquel 13 de mayo de 1981. Pero hay más: «Junto a la Virgen, desvié el disparo del agresor del papa». Ésas fueron sus palabras textuales (*El padre D'Anastasio las reprodujo en su biografía inédita de la monja, enviada al Vaticano (pp. 265-267 y 361)*).

Se trata de una revelación que, obviamente, provoca desconcierto, y sólo puede ser tomada en consideración teniendo en cuenta la absoluta fiabilidad de esta religiosa, su vida santa y los dones sobrenaturales que recibió y que han sido testificados por personas completamente dignas de confianza, empezando por lo que de ella atestiguó San Pío de Pietrelcina, quien, como veremos, precisamente con sor Rita llevó a cabo algunas de sus más extraordinarias empresas.

Quien conoce al padre Pío sabe que, en él, la experiencia de fenómenos prodigiosos era prácticamente cotidiana. Y que, al vivir normalmente nosotros en las tinieblas, nos cuesta bastante trabajo —cuando alguien nos abre los ojos — acostumbrarnos a la luz que sin embargo nos envuelve, al Eterno que es la auténtica y definitiva realidad.

Como escribe el padre Divo Barsotti, hablando de las apariciones de la Virgen: «Es como si de repente se volviera visible un mundo siempre presente, pero que habitualmente permanece oculto: como si los ojos del hombre adquirieran un nuevo poder visivo (...). Gracias a las apariciones tenemos la certeza de un mundo de luz, de pureza y de amor

(...). La aparición hace presente el mundo redimido (...). La aparición no es pues una acción de Dios en la imaginación del hombre. Creo que no puede negarse su verdad objetiva. Es verdaderamente la Virgen Santa la que se nos aparece, los hombres entran verdaderamente en relación con ella y con su Hijo divino (...). La Virgen no puede abandonar a sus hijos antes de la manifestación pública y solemne de su victoria sobre el mal. Madre de todos, le resulta imposible separarse de nosotros que vivimos en la pena, sometidos a toda tentación, incapaces de sustraernos a la muerte».

He aquí, pues, a una monja de clausura, que vive profundas experiencias místicas, de bilocación incluso, que

le confía a un sacerdote: «Junto a la Virgen, desvié el disparo del agresor del papa».

A este desconcertante secreto, por lo demás, ha de añadirse otra breve frasecilla que se le escapó a sor Rita

—en circunstancias distintas, de manera independiente— ante la señora Gabriella Panzani, amiga durante muchos años de la religiosa. Sor Rita, en efecto, dijo un día, mientras se hablaba del atentado contra el papa: «Cuánto tuve que esforzarme para que no ocurriera lo peor».

Un destello que nos permite entrever el dramático «precio» de amor que debe de haber sido pagado, hecho de plegarias y de durísimas penitencias, que esta mística asumió sobre sus espaldas en lugar de otros, en este caso para enmendar un gigantesco sacrilegio. Nos hallamos en esa dimensión de «expiación vicaria» que sor Rita vivió heroicamente y que le permitió también al padre Pío arrancar al Cielo numerosas gracias en beneficio de los seres humanos que sufrían y de la Iglesia. Esa frase, además, nos permite entrever la respuesta a una objeción que resulta natural plantear: pero ¿por qué razón el Cielo, para salvar al papa, ha de tener necesidad de una pequeña monja de clausura desconocida para todos? La primera respuesta, obviamente, es que los designios de Dios son inescrutables. Tal vez en este caso haya querido el Cielo que una persona presta-

ra testimonio de cuanto ha realizado la Virgen. Pero un fragmento de la respuesta podría estar también en el hecho de que sor Rita era una criatura terrenal, perteneciente a la Iglesia militante, y que por lo tanto podía ofrecer y ofrecerse para obtener para la Iglesia y para el mundo aquella inmensa gracia. Solo las personas que están en esa vida pueden hacerlo, de modo que poseen un «poder» extraordinario. El padre Pío sostenía que lo único que los ángeles nos envidian infinitamente es el sufrimiento y la ofrenda, porque es la forma más intensa y sincera de decirle a Dios: «¡Te amo de verdad!» (*Ya San Pablo escribía: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rm 12, 11). Y además: «Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados» (Rm 8, 17).*

Veremos con el padre Pío qué infinito valor tiene —a los ojos de Dios— el sufrimiento humano ofrecido con amor, veremos cuánto es capaz de conmover a su Corazón y hacer «violencia» a su justicia («el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan [Mt 11, 12]»). En este caso, para obtener una gracia inmensa: la salvación de un gran papa.

De semejante clamorosa revelación ¿qué clase de corroboración puede obtenerse? Yo creía que no podían existir de ninguna clase, tratándose de un acontecimiento sobrenatural. Consideraba que ni siquiera tenía sentido buscarlas. De no ser porque una sorprendente corroboración puede haberla proporcionado inconscientemente —sin saber nada de toda esta historia— el propio protagonista de lo acaecido, el agresor Mehmet Ali Agca. Ante el juez instructor Ilario Martella, que lo estaba interrogando, en el curso de la segunda instrucción judicial sobre el atentado, describió de esta forma lo sucedido: «Era decidida voluntad mía

la de asesinar al papa. Ésa era la misión que me había sido encomendada, y tanto es así que si efectué sólo dos disparos fue porque a mi lado había una monja que en determinado momento me cogió del brazo derecho, por lo que no pude seguir disparando. De no haber sido así, habría matado al papa» (*Este texto entrecomillado de la confesión de Agca fue leído por el juez Ilario Martella en el curso de su audición ante la Comisión parlamentaria de investigación sobre el «Dossier Mitrokhin», en el curso de la 70ª sesión, celebrada el miércoles 20 de abril de 2005 -las actas de la sesión pueden consultarse en la página web del Parlamento italiano-. El juez Martella fue el titular de la segunda instrucción sobre el atentado al papa, que concluyó en 1985 en el Tribunal penal).*

Cuando leí estas palabras me pareció reconocer una noticia clamorosa que parece haber pasado desapercibida: una monja que desbarata el asesinato. Fue inevitable pensar en sor Rita. A decir verdad, inmediatamente después del atentado se difundió la noticia de que una monja había obstaculizado a Agca mientras éste disparaba. Hay huellas en los periódicos de aquellos días. Lo recordaba por ejemplo, Adriano Sofri en un artículo dedicado precisamente a las monjas: «En la tarde del atentado en la plaza de San Pedro, se dijo que una monja se había arrojado contra Ali Agca para desviar el disparo».

Sin embargo, según parece, todo el mundo sobrepuso la figura de la monja de la que habla Agca, la que le sujetó del brazo, con otra que más tarde bloqueó su fuga. Un error que se debió tal vez a que la única monja localizable e identificada por la policía en el lugar de los hechos fue la segunda, que llegó incluso a testificar en el juicio. De la primera, en efecto, no queda rastro, no fue identificada por la policía, no permaneció en la plaza de San Pedro tras haber aferrado el brazo derecho del agresor impidiéndole que volviera a disparar. Es como si se hubiera volatilizado. Estamos rozando —como bien puede entenderse— el misterio,

lo sobrenatural y no faltará desde luego quien tuerza la nariz. Los místicos, como dice Jean Guitton, trastornan nuestras presuntas certezas físico-matemáticas porque abren de par en par ante nosotros otras dimensiones, nos hacen intuir cuán corta es nuestra vida y permiten que lo Eterno irrumpa en el instante presente.

De esta forma, incluso lo imposible se vuelve comprensible: la noticia de una monja que vive en un convento de clausura en Toscana y que, en bilocación, impide un día al agresor del papa volver a disparar. Por lo demás, los testimonios acerca de la bilocación de sor Rita y del padre Pío, como veremos, son numerosos e indiscutibles. Además, los hechos concuerdan objetivamente con la «revelación» relativa a sor Rita. El primero es la confesión de Ali Agca, quien habla de una monja que le cogió del brazo impidiéndole que siguiera disparando. El segundo hecho es el testimonio de la tal «sor Lucia» que impidió la fuga de Agca.

No resultó fácil llegar hasta ella (indirectamente por lo demás). Yo sabía que vivía en un convento de Génova, pero que no hablaba con los periodistas. Sin embargo, recientemente, el 10 de enero de 2006, escribió su propia evocación del atentado para *L'eco di Bergamo*. Sor Lucia Giudici —que en realidad como religiosa se llama sor Leticia— escribe: «Sí, me tocó justo a mí agarrar a Ali Agca mientras intentaba huir de la plaza después de haber disparado contra el Santo Padre. Aquel día, esperé en vano a que alguien lo interceptara, pero todos los peregrinos y turistas se quedaron desconcertados y aturdidos mientras observaban cómo el papa, herido gravemente, era trasladado al hospital Agostino Gemelli. Todo ocurrió en un puñado de minutos y yo, instintivamente, busqué la ocasión para interceptarlo y sujetarlo hasta el momento de entregarlo a la policía».

Sor Lucia no dice en ningún momento que se hallara al lado del agresor ni que le sujetara el brazo, es más, sitúa su gesto después de que el agresor hubiera disparado, mien-

tras intenta huir. Por lo tanto, nos proporciona una respuesta. Pero es necesario entender con precisión a qué distancia se encontraba del asesino turco. ¿Cómo conseguirlo? Consigo averiguar que sor Lucia es originaria de un pueblecito de la zona de Bérgamo y que, en estos días en que estoy escribiendo, se encuentra allí de vacaciones. Gracias a la valiosa colaboración de Ettore Ongis, director del Eco, consigo que alguien vaya a verla el 23 de agosto de 2007 a la salida de la misa de seis, y allí, informalmente, proporciona una explicación más precisa que considero definitiva. Es ésta: Ali Agca se hallaba delante de la monja, a una distancia de diez metros. Disparó dos veces, después se dio la vuelta y echó a correr, dirigiéndose hacia la columnata de Bernini, es decir, hacia ella. Dado que nadie lo detenía, ella extendió los brazos para bloquearle el camino. El entonces apuntó su pistola contra ella, pero moviéndose para retroceder, perdió el equilibrio y fue en ese momento cuando ella lo sujetó hasta que llegaron otras personas y al final los carabineros, que lo esposaron.

De modo que ahora estamos seguros: sor Lucia se hallaba lejos de Agca en el momento de los disparos, estaba a diez metros, luego no es ella la monja que —según las propias palabras del agresor— «en determinado momento me cogió del brazo derecho, por lo que no pude seguir disparando. De no haber sido así, habría matado al papa». (*Es cierto que cuando se encontró la pistola de Agca, estaba encasquillada, pero, como ha explicado él mismo, se encasquilló mientras huía, después del atentado, cuando intentó disparar de nuevo. Por lo tanto, si solo pudo efectuar dos disparos contra el papa fue porque aquella monja se lo impidió*).

Pero si no era sor Lucia, ¿quién habrá podido ser esa monja que nunca llegó a ser identificada en el lugar de los hechos por la policía, porque, después del atentado, parece haberse volatilizado de la plaza de San Pedro?